

LA NINFA DEL CIELO

Y

CONDESA BANDOLERA Y OBLIGACIONES DE HONOR (1)

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CARLOS, Duque de Calabria.
DIANA, su mujer.
ROBERTO, criado.
NINFA, Condesa de Valdeflor.
ALEJANDRO.
LAURA.
CÉSAR.
HORACIO.
JULIO.

CARDENIO.
FABIO.
POMPEYO.
UNA MUJER.
UN CORREO.
UN LABRADOR.
LA MUERTE.
UN ANGEL.
ANSELMO, ermitaño.

SILENO, labrador.
EL DIABLO BARQUERO.
EL NIÑO JESÚS.
DOS MARINEROS.
ALCINO, labrador.
ERGASTO, idem.
FILENO, idem.
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen ROBERTO y CARLOS de caza.

ROBERTO. ¿Dirás que no es necedad
la caza, en que el tiempo pierdes

y lo mejor de tu edad,
pues pasas los (2) años verdes,
Carlos, en la soledad (3)?
Donde vas tras un halcón
que, remontado y perdido,
imita tu inclinación.

CARLOS. Los criados siempre han sido,
Roberto, de una opinión.

(1) Hemos elegido este texto, manuscrito núm. 16.698 de la Biblioteca Nacional, con preferencia al impreso, por ser más antiguo, más completo y más correcto, aunque es ya refundición de una primitiva comedia, tal vez de Tirso, titulada *La Condesa bandolera*. El presente manuscrito, después de los tres títulos que da a la obra, lleva estas palabras: «(Todo es uno la historia de ella)».

El impreso, que es una comedia suelta, sin lugar ni año de impresión, pero que se conoce ser de fines del siglo XVII ó principios del siguiente, en 4.º, á dos cols., y 16 h. sin paginar, signaturas A-D 2, lleva este título:

LA CONDESA BANDOLERA

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Hablan en ella las personas siguientes:

NINFA, Condesa.
CARLOS, Duque.
DIANA, Duquesa.
ROBERTO.
ERGASTO.
ALCINO.

LAURA.
TRES MARINEROS.
ALEJANDRO.
CÉSAR.
LESBITO.
POMPEYO.

UN CORREO.
UN SOLDADO.
DOS MÚSICOS.
JULIO.
HORACIO.
UN ANGEL.

LA MUERTE.
ANSELMO.
UN BARQUERO.
HORTENSIO.
CAMILO.

Pondremos en nota las más principales variantes que ofrece, pues las secundarias son muy numerosas. De las demás refundiciones de esta comedia damos noticia al principio del tomo.

(2) «pues gozas tus» en el impreso.

(3) El impreso añade estos versos:

«Un filósofo decía
que sólo un bruto podía
vivir en ella contento;
que al humano entendimiento
agrada la compañía.

Tú entre robles y entre tejos
gustas de andar todo el año,
siempre de la corte lejos,
sin que te escarmiente el daño
ni te enfrenen los consejos.»

¿Cuándo el gusto en el servicio (1)
pareció del dueño bien?
Porque es murmurar su oficio,
y estar quejosos también
de poca lealtad indicio.
Nuestros altos pensamientos
desdicen de los intentos
que tenéis siempre vosotros,
y nunca estáis de nosotros
satisfechos ni contentos.
Somos, cuando no gastamos,
miserables; cuando hacemos,
grandezas, locos estamos,
si callamos, no sabemos;
si somos graves, cansamos;
la llaneza nos estraga,
nada intentamos sin paga;
no hay cuando más les obliga
hombre (2) que verdad nos diga
ni bien de balde nos haga;
nunca tenemos amigos,
porque son nuestros criados
necesarios enemigos.

ROBERTO. Serán los poco obligados,
que los fieles son testigos
que te sirvo como un perro
en el cuidado (3) y lealtad,
siguiendo de cerro en cerro
tu caza ó tu necedad,
siempre en perpetuo destierro;
que desto no he murmurado
por costumbre de criado,
de quien no hay señor seguro;
como hombre humano murmuró
por tu gusto desterrado.
A ser las garzas, señor,
que venimos á volar
mozas, no fuera rigor
de un Marqués de Mantua andar
hecho siempre cazador;
pero una garza que al cielo
sube, ¿qué me importa á mí
que un neblí la abata al suelo
si mi apetito es neblí
de más ordinario vuelo?
Toda mi voltería
es conquistar á Lucía
ó á Marina, que jamás
se resistieron, y es más
descansada cetrería,
comer bien, cenar mejor,
haciendo después, señor,
de la gala y del paseo
alfaneques del deseo
y tagarotes de amor;
y no andar de sierra en sierra (4)

(1) En el impreso se añade en lugar de este verso y del que sigue:

«Dime: entre todos, ¿á quién
el contento y ejercicio
pareció del dueño bien,»

(2) En el impreso «nadie».

(3) «trabajos» en el impreso.

(4) Desde este verso hasta el que dice: «¿Dónde dejaste, Roberto», faltan en el impreso. Hay, en cambio, después del «y tagarotes de amor» este otro:

«CARLOS. Deja el gracejar y di.»

con oficio que embaraza
y á tantos nobles destierra.
Responderás que la caza
es imagen de la guerra,
que es de todos opinión
para que gusto no atajen
á los que de aquí se son;
y yo digo que á esta imagen
tengo poca devoción.

Siempre que siendo aprendiz
del mar, que es danés Urgel,
me pongo el guante infeliz
y luego el halcón en él,
me considero tapiz
y pienso que estoy colgado
en la sala de un letrado
entre David y Sansón.

CARLOS. ¡Extraña imaginación!
ROBERTO. Estoy como halcón templado
y pueden cantar en mí.

CARLOS. ¿Dónde dejaste, Roberto,
nuestros caballos?

ROBERTO. Allí
los dejé arrendados.

CARLOS. Muerto,
por socorrer al neblí,
traigo el bayo.

ROBERTO. Mi alazán
quiso correr por los vientos,
y pienso que quedarán
aguados como contentos,
según cansados están.

CARLOS. No hay que tener del halcón (1)
por esta noche esperanza.

ROBERTO. Ni aun de cenar, ¿ques razón;
de quien hace confianza
en viento, castigos son,
que como camaleones
hemos de gastar del viento
donde tu esperanza pones,
que son torres sin cimiento
las alas de tus halcones.

CARLOS. Ningún cazador parece
de los míos, y anochece
á más priesa, ¿qué haremos?

ROBERTO. Buscar adonde cenemos,
que fortuna nos ofrece
aquí una hermosa alquería,
aunque en edificios creo
poco de la suerte mía
hipócritas del deseo,
todo vista y fantasía.

CARLOS. No es bien la desautorices,
que del dueño nos ofrece
esperanzas más felices.

ROBERTO. Todo es ventanas; parece
edificio de narices.

Más que dormir me remedia (2)
á mí el comer, y habrá sido,
como dicen, vida media,
ya que nos hemos perdido
como reyes de comedia.

(Dentro relinchos y alegría.)

(1) Este y los nueve versos siguientes faltan en el impreso.

(2) Omitidos éste y los cuatro versos que siguen en el impreso.

CARLOS. Gente suena.
ROBERTO. Labradores
deben de ser que de flores
dulcemente coronados
son ladrones destos prados
y cantando, ruiseñores.
CARLOS. El trabajo y la labor
deben de acabar.
ROBERTO. Es cierto,
y se irán á Valdeflor.
CARLOS. ¡Alegre vida, Roberto!
ROBERTO. Para un jabalí, señor.

ESCENA II

*Salen los Músicos y la Música, todos de villanos
con guirnaldas, y cantando esta letra.—Dichos.*

MÚSICOS. «Que si viene la noche (1)
presto saldrá el sole,
que si viene la noche,
con la luna alegre
presto saldrá el sole,
destos campos verdes
el día y la noche
presto saldrá el sole.»
ROBERTO. Buenas noches, gente honrada.
MÚS. 2.º Vengan muy enhorabuena,
que aliñada está la cena.
ROBERTO. Más el embite me agrada
que la música, ¡par diós!
MÚS. 3.º Debemos de cantar mal.
ROBERTO. Traigo una hambre cerval,
aquí para entre los dos,
y esa es la causa.
MÚS. 2.º No habéis
llegado á casa vacía.
CARLOS. ¿De quién es esta alquería?
MÚS. 2.º ¿Sois noble y no lo sabéis?
CARLOS. No estuve otra vez aquí,
porque esta vez que he venido
ocasión la caza ha sido
por socorrer un neblí
que ha que seguimos tres leguas
con este mismo cuidado,
hasta que la noche ha entrado
pidiendo al cansancio treguas,
que los caballos están
de cansados y rendidos
sobre la hierba tendidos.
LAURA. Ergasto: ¿no es muy galán?
ERGASTO. ¿Ya le has mirado?
LAURA. ¡Pues no!
ERGASTO. ¿Estoy yo ciega?
Ojalá
quedes, pues Laura, lo está
la que antes, loca, miró.
Así fuerais las mujeres
ciegas como la fortuna,
porque no hubiera ninguna
de tan varios pareceres;
la vista os echa á perder,

(1) Falta esta letra en el impreso.

que para nuestros enojos
son basiliscos los ojos
de la más bella mujer (1).
LAURA. Pues yo me los sacaré
por no darte pesadumbre.
ERGASTO. Y verás por la costumbre
que tienes de ver.
LAURA. A fe
que no imaginé jamás
darte celos.
ERGASTO. No son celos,
sino unos nobles recelos
de estimarte, Laura, en más.
CARLOS. Al fin. ¿Ninfa, la Condesa
de Valdeflor, vive aquí?
MÚS. 3.º Gusta del campo, y así
la caza también profesa,
porque después que heredó
á Valdeflor esa villa
que está del mar en la orilla,
aunque tan moza quedó,
se retiró á esta alquería,
donde desta suerte pasa
que os he dicho.
CARLOS. ¿No se casa?
MÚS. 2.º ¡Lindo es aqueso, á fe mía,
para su condición!
CARLOS. ¿Cómo?
MÚS. 3.º Da en aborrecello en suma.
CARLOS. Mire que el tiempo es de pluma
para esperanzas de plomo,
y si le deja pasar,
pensando verse empleada
en un rey, vieja y burlada
será posible quedar
sin dejarle á Valdeflor
heredero, porque dura
poco la humana hermosura.
MÚS. 2.º No hay en Nápoles señor
que no la haya pretendido
para casarse con ella,
y ella á todos atropella
porque no quiere marido;
su inclinación solamente
es el campo y ejercicio
de la caza, y no otro vicio.
ROBERTO. Debe de ser impotente.
CARLOS. Calla, loco.
MÚS. 2.º De los hombres,
en tratándole, señor,
de casamiento ó amor,
aborrece hasta los nombres;
y como si un hombre fuera,
hace dos mil maravillas
á caballo en las dos sillas,
y á pie robusta y ligera.

(1) En el impreso se añade:
«No habéis menester oídos
ni lengua, que si son bellos
y libres, tenéis en ellos
todos los cinco sentidos.
Que fuerais (no son antojos
sino experiencia de males)
bellísimos animales,
á haber nacido sin ojos.»

No hay quien la gane á tirar (1)
todo cuanto alcanza á ver,
quien la aventaje á correr
ni quien la rinda á luchar.
Fatiga al agua y el monte
con los perros diligentes
y con aves diferentes
las que tiene este horizonte,
y así en el agua, en los vientos (2)
y en la tierra poder tiene
y á ser absoluto viene
dueño de tres elementos.
A competir con el sol,
á quien en belleza gana,
salió al monte esta mañana
en un caballo español,
sobre cuya piel manchada
mostró tanta bizarría,
que acobardó los del día
llenos de espuma dorada.
Sobre una corta basquiña
un vaquerillo sacó,
que pienso que el sol bordó,
porque de rayos le ciña,
formando crespas espumas
de oro el cabello en su esfera
con un sombrero ó montera
hecho una selva de plumas;
espada pendiente al lado,
una pistola al arzón
y en esta mano un halcón.
CARLOS. ¡Bellamente la has pintado!
Parte de dicha habrá sido
perderme, aunque puede ser
que de ver esta mujer,
Roberto, esté más perdido.
ROBERTO. No hayas miedo, que no tienes
tan honrada inclinación;
si esta mujer fuera halcón,
pudiera ser.
CARLOS. ¡Lindo vienes!
MÚS. 2.º Estimaré la Condesa
hospedar vuestra persona
por lo que el tallo os abona
y su grandeza interesa,
que á muchos que por aquí
pasan lo mismo hacer suele.
CARLOS. ¿No es hora ya de que vuele?
MÚS. 2.º Ya no tardará, que así
á recebilla salimos
muchos, cantando y bailando
todas estas noches cuando
viene de caza, y venimos
cantando delante de ella
y bailando, que le agrada
esta llaneza, cansada
de la corte.

ROBERTO. No hay doncella
de tan extrañas costumbres
desde un mar al otro mar,
amiga siempre de andar
entre brutos y legumbres,

(1) Faltan en el impreso éste y los tres siguientes
versos.

(2) También falta esta redondilla.

siendo mujer tan hermosa.
Tórtola debió de ser
antes que fuese mujer;
no puede ser otra cosa,
porque tanta soledad
sin admitir compañía
es de la sospecha mía
prueba.
LAURA. Tañed y cantad,
que la Condesa nuesa ama
viene.

ESCENA III

*Sale la Condesa acompañada de muchos pastores, en
un caballo, con halcón en la mano, como se ha
dicho.—Dichos.*

CARLOS. ¡Gallardía excelente!
MÚS. 2.º Venga con bien.
CARLOS. Justamente,
Roberto, Ninfa se llama.
MÚSICOS. «Que si viene la noche
presto saldrá el sole.
UNO. Que si viene la noche
con la alegre luna
presto saldrá el sole
de nuestra hermosura.
TODOS. El día y la noche,
presto saldrá el sole» (1).
NINFA. Pasead ese caballo
antes que al pesebre vais
con él.
MÚS. 2.º Con salud vengáis;
que no hay labrador vasallo
vuestro, señora, que en viendo
esa divina hermosura,
respeta la noche oscura
que entra estos campos vistiendo.
Agora empieza á nacer (2)
de vuestros ojos la aurora,
y en estos prados, señora,
el Abril á florecer;
agora el sol ha salido
y las aves le han cantado,
el alba aljófara llorado
y estas fuentes se han reído.
NINFA. Guárdeos Dios á todos. Pues,
¿qué se ha hecho todo el día?
LAURA. Desean, señora mía,
estos prados, vuestros pies;
vuestros ojos, estas fuentes;
vuestras doradas mejillas,
las alegres maravillas;
los jazmines, vuestros dientes;
que en tanto que estos favores (3)
aguardan con vuestro aliento,
buenas nuevas daba el viento,
mensajero de las flores;
y á vuestro hermoso arrebol,

(1) Falta en el impreso todo el principio de esta
escena.

(2) Este y los siete versos que siguen no están en
el impreso.

(3) Omitida en el impreso esta redondilla.

haciendo nosotros salva,
como pájaros al alba,
esperábamos al sol.

NINFA. A tus ojos, Laura, hacían
esas lisonjas, que son
albas de más perfección
que á las del sol desafían.

MÚS. 2.^o ¿Cómo os fué al fin por allá?
¿Hallastes en la laguna
garzas?

NINFA. Y entre muchas una,
que es cometa pienso ya.

MÚS. 2.^o ¿De qué suerte?

NINFA. Yo llegué
á la parte que esos cerros
la cercan, y con los perros
del agua la levanté,
y por dar al viento velas,
quité, luego que la vi,
el capirote al neblí,
las lonjas á las pigüelas.
Hizo una punta en el cielo,
y ella temiendo la punta,
al mismo cielo se junta
desmintiendo al neblí el vuelo;
revuelve el halcón las alas,
y tan alta punta dió,
que encima della se vió
poniéndole al cielo escalas;
vuelve á bajar como el viento
y el neblí sobre ella baja,
que parece que la ataja
por el mismo pensamiento;
el pico en ella arrebola
dos veces y al viento iguala,
y por debajo del ala
le descompone la cola;
otra vez la garza sube
con más furia que bajó,
y junto al sol pareció
él átomo y ella nube.
Llegó el neblí á acometella,
y pienso que en este estado
le dió en el cielo sagrado
el sol por alguna estrella,
que nunca más pareció;
y deslumbrado el neblí,
hecho un Icaro, de allí
á la laguna bajó;
socorriale, y á la tarde,
adonde la garza eché,
dos martinets volé.

MÚS. 2.^o Muchos años Dios te guarde
para gloria, para honor
destos campos.

ROBERTO. ¡Bien por cierto!

CARLOS. Admirado estoy, Roberto;
no vi gallardía mayor.

NINFA. ¿Quién es este caballero?

ROBERTO. ¿No dirá ¡cuerpo de Dios!
vueseñoría estos dos?

NINFA. Tenéis talle de escudero
suyo más que de su igual.

ROBERTO. De talle sois entendida;
mucho sabéis, por mi vida.

CARLOS. Aparta.

ROBERTO. Trátame mal,

por que no parezca bien.
¡Oh envidia! en cualquiera parte
tu veneno se reparte.

CARLOS. Tiemblo y ardo á su desdén
con ser mayor su hermosura.

ROBERTO. Luego ¿estás enamorado?

CARLOS. Y loco.

ROBERTO. Aun ese cuidado
es disculpada locura.

CARLOS. Quiero gozar la ocasión
de haberme tan bien perdido.

NINFA. Vos seáis muy bien venido.
¡Hola! guardad ese halcón.

CARLOS. Téngame vueseñoría
por su esclavo.

NINFA. Yo lo soy.

CARLOS. Roberto: temblando estoy.

ROBERTO. ¡Qué amorosa cobardía!

CARLOS. Otro neblí me ha traído,
que socorrer pretendí,
más de tres leguas de aquí,
donde tan dichoso he sido
y espero tanto favor.

NINFA. La persona y ejercicio
de la caza dan indicio
de vuestra sangre y valor.
Cuando os falte ese neblí
y no le podáis cobrar,
bien podéis en su lugar
serviros del que está aquí;
que á fe que no es menos bueno
que el vuestro, y le estimo en más
que á Valdeflor, pues jamás,
estando el cielo sereno,
se le escapó, si no es hoy,
en el viento martinete
ó garza que no sujete.

CARLOS. Puesto que buscando voy
el que perdido no está,
no es razón ni cortesía
quitalle á vueseñoría
lo que estima tanto ya,
antes presentalle entiendo
algunos que aún tengo más
con que servilla.

NINFA. Jamás
cuando dar algo pretendo
dí lo que menos estimo,
porque no es dádiva aquella
en que el dueño no atropella
grande valor.

CARLOS. No me animo
á ofreceros cosa mía,
que para vuestra grandeza
corto don es la riqueza
que toda el Arabia cría.

NINFA. Conforme á mi condición,
no tiene cosa ninguna
de cuantas da la fortuna
valor.

CARLOS. Y tenéis razón.

NINFA. Sólo estimo en el presente
el valor de quien le da;
mas cesen ofertas ya,
que es lisonja impertinente,
y entrad donde descanséis,
que el halcón que habéis perdido

puede ser, si aquí ha caído,
que al nuevo sol le cobréis,
que no es mala esta posada
para una noche.

CARLOS. El favor
que ofrece vuestro valor,
de que estáis acreditada,
y os rinde esta soledad,
no puedo dejar, señora,
de recibir.

NINFA. Desde agora
será vuestra la mitad,
y toda entera también
para cuando algunos días,
venciendo melancolías
que los tráfigos os den
de la corte, andéis cazando
y lleguéis á esta alquería,
que honráis.

CARLOS. Si vueseñoría
de esa suerte me va honrando,
quedaré para servilla
siempre corto y obligado.

NINFA. Si os hubiereis bien hallado
mañana en esta casilla,
y os quisierais detener
á divertir algún día
en caza ó pesca, os podría
alguna lisonja hacer,
porque el Duque generoso
de Calabria, cuyos pies
besan esos mares, que es
tan rico y tan poderoso,
no me podrá aventajar.

ROBERTO. Pienso que te ha conocido.

CARLOS. ¿Cómo, estando sin sentido?

NINFA. ¿Questos campos y este mar
diferentemente arados
rinden feudo á esta alquería
cada noche y cada día
de cazas y de pescados
que me tributa Neptuno
con el anzuelo y las redes.

CARLOS. Ser quiero á tantas mercedes
agradecido importuno,
que por fuerza he de aguardar
algunos criados míos
que por mar, valles y ríos
perdidos deben de andar,
y no sé si tanto ya
como yo.

NINFA. No lo estáis mucho.

CARLOS. ¡Ay cielo! ¿qué es lo que escucho?

ROBERTO. Picada pienso que está
también; déjala poner
en el anzuelo que mira
y luego el carrete tira,
que también Ninfa es mujer.
Roberto, es ninfa del cielo.

CARLOS. Está en carne humana agora.

NINFA. ¡(Buen talle de hombre!)

CARLOS. Señora,
que soy grosero recelo
en deteneros aquí.

NINFA. Vamos.

CARLOS. No digas quién soy.

ROBERTO. Ya sobre el aviso estoy.

CARLOS. Mayor belleza no vi.

ROBERTO. Habla, atrévete, importuna,
no acobardes los sentidos,
pues á los más atrevidos
favorece la fortuna.

CARLOS. Temo el natural desdén.

ROBERTO. Nunca quien temió venció.

NINFA. Venid. (No me pareció
hombre en mi vida más bien.)
¿Cómo os llamáis?

CARLOS. Yo, señora,
Carlos.

NINFA. Buen nombre tenéis.

ROBERTO. Y para lo que mandéis,
yo Roberto, y seré agora
por vos Roberto el Diablo.

NINFA. (Carlos, atrevido andáis;
dentro del alma os entráis.)

ROBERTO. ¿A quién digo, con quién hablo?
También soy de carne y güeso;
labradora celestial,
que estoy herido del mal
de vuestros ojos confieso,
que dentro el alma me ha hecho
cosquillas y estoy perdido;
una mano sola os pido.

LAURA. Esa os hará mal provecho.

ERGASTO. Hidalgo, apártese un poco,
no se le llegue tan cerca
á la labradora.

ROBERTO. ¿Es terca?
¿tira coces?

CARLOS. Yo voy loco...

ROBERTO. Y necio.

NINFA. ¿En qué ha de parar
tanto porfiar, amor,
que me güeles á traidor?
¡Ay Carlos!

LAURA. Volvé á cantar.

MÚSICOS. «Que si viene la noche
presto saldrá el sole.»
(Vanse todos cantando.)

ESCENA IV

Suena ruido dentro de embarcación y MARINEROS.

MARINERO 1.^o

Antes que sople más el viento, amaina (1),
tomaremos el faro de Mesina
con más próspero tiempo.

MARINERO 2.^o

Echa el esquite,
tomaremos de tierra algún refresco,
ó por lo menos agua en esta playa.

MARINERO 3.^o

Amaina, echa las áncoras á tierra.
¡Fondo, fondo!

ESCENA V

Sale ROBERTO por un lado del tablado ó en alto.

DICHOS.

ROBERTO.

¡Notable vocería!

(1) Faltan estos tres versos el en impreso.

MARINERO I.º

De aquí saldremos á la luz del día.

ROBERTO.

Nave llegó á la playa y fondo ha dado, que desde estos balcones con la luna las blancas velas amainar se han visto; ó viene de Mesina ó pasa el faro cuyo estrecho de mar términos pone á las Sicilias dos, siendo de Rijoles el puerto de Mesina opuesta playa. ¡Qué calma goza el mar! dátiles pide; déselos, pues los tiene, Berbería. ¡Oh, mala bestia! ¿quién de ti se fia?

ESCENA VI

Sale CARLOS.—ROBERTO.

CARLOS.

¡Roberto!

ROBERTO.

¿Qué hay, señor?

CARLOS.

Dichosas nuevas.

ROBERTO.

¿Has heredado á Nápoles acaso, ó el neblí pareció? ¿Qué traes de nuevo?

CARLOS.

La aventura mayor que el cielo ha dado á un tierno, á un loco, á un firme enamorado.

ROBERTO.

¿Tan presto estás enamorado y tierno, loco y firme? ¡Notable viento corre! Vuelve á cenar, que estás desvanecido y yo lo estoy de haber mejor bebido; porque en entrando aquí pregunté luego del santo botiller por la posada, y con tanto jamón seis veces tuve del vino Pusílico las veces, aunque para mi sed bastaban heces. Pero dime el suceso de tu historia.

CARLOS.

Roberto: Ninfa pienso que me quiere, ó me engaña mi propio pensamiento.

ROBERTO.

A mí me preguntó si eras casado, cuando entraba contigo.

CARLOS.

¿Y qué dijiste?

ROBERTO.

Que no, por no decir verdad en nada.

CARLOS.

La mentira, Roberto, fué acertada.

ROBERTO.

Preguntóme tu estado, y respondíle que eras señor de doce mil ducados de renta y de los buenos de Sicilia, aunque era de Calabria tu familia.

CARLOS.

Todo eso importa para el bien que aguardo; gozalla determino.

ROBERTO.

¿De qué suerte?

CARLOS.

Con una dama suya me ha enviado á decir que me quiere hablar á solas; que en abriendo la puerta de un retrete que en esta parte está, con el recato que es necesario llegue; y me apercibe que como quien soy haga, y yo pretendo engañalla, Roberto, con la mano de marido, y gozar la más felice mujer que vió Calabria y que dió Grecia á Troya para incendio.

ROBERTO.

¿Y si es Lucrecia en los intentos castos?

CARLOS.

¡Ah Roberto!

¿Qué mujer hay en la ocasión tan fuerte que salga vencedora y no vencida de un hombre tan á solas persuadida?

ROBERTO.

¿Y qué piensas hacer después?

CARLOS.

Estarme gozando su hermosura algunos días alargando las vanas esperanzas del casamiento, que te juro, amigo, que fuera su marido si Diana me faltara esta noche.

ROBERTO.

A su Eselencia guarde mil años Dios, pues es tan justo, que más vale su vida que ese gusto.

CARLOS.

Están locos y ciegos los amantes, y yo lo soy, Roberto, no te espantes.

ROBERTO.

Ya han abierto la puerta, y la Condesa pienso que está á la puerta.

CARLOS.

Pues retírate.

ESCENA VII

Asómase al paño NINFA.

NINFA.

A Carlos, mi señora está esperando.

CARLOS.

Y yo el alma en sus ojos abrazando.

(Entranse; queda solo Roberto.)

ROBERTO.

Entróse, ¡vive Dios! La Ninfa quiere (1) serlo esta vez, según las muestras miro,

(1) Estos versos están así en el impreso: «Entróse, ¡vive Dios! aquesto es hecho: hágale al uno y otro buen provecho. Obligación», etc.

de la gorra del Duque de Calabria. Obligación me corre de esperalle, aunque mejor aquí que no en la calle. (Vase.)

ESCENA VIII

Salen los MARINEROS.

MAR. 1.º Ya con el alba parece que empieza el viento á soplar.

MAR. 2.º Y del faro estrecho el mar, alegre pasaje ofrece (1).

MAR. 3.º Ninguna señal da el cielo que favorable no sea, donde la nave desea.

MAR. 1.º De los vapores del suelo á la parte de Levante unos celajes están que esperanzas ciertas dan de viento.

MAR. 2.º Y en el semblante de la luna nos señala el cerco que os dije yo, cuando anoche se escondió al dar fondo en esa cala.

MAR. 3.º Y ayer se vieron delfines en el mar; en conclusión, que cuando muchos no son prometen prósperos fines.

MAR. 1.º Nunca faltaron jamás esas señales, Leumeno, estando el cielo sereno.

MAR. 2.º Ya se ha declarado más el viento con la mañana.

MAR. 1.º Pues las áncoras alcemos y al dulce Levante demos el trinquete y la mesana.

ESCENA IX

Salen CARLOS y ROBERTO.—DICHOS.

CARLOS. Si va á Mesina, Roberto, será desmentir espías dudando en las prendas mías.

MAR. 1.º Gente hay, Leumeno, en el puerto.

MAR. 2.º Deben de querer pasaje.

CARLOS. En ella nos embarquemos y de aquí á Sicilia iremos con poco matalotaje; de allí, volviendo á pasar el faro en una tartana, daré en Calabria mañana, que no hay diez de millas mar; que ésta es nave aragonesa,

(1) Después de este verso hay los siguientes en el impreso:

«MAR. 2.º Antes que otra vez el sol, que vuela en doradas plumas, vuelva á la cama de espumas por el ocaso español, si este viento por bolina dura, y en favor está, fondo habremos dado ya en el puerto de Mesina»

que á Sicilia para Malta viene por trigo, y sin falta va á Mesina.

ROBERTO. ¿Y la Condesa? ¿y Ninfa?

CARLOS. No sé, Roberto; ya sigo nuevos cuidados.

ROBERTO. ¿No esperas á tus criados?

CARLOS. Que se han vuelto es lo más cierto (1) á la corte.

ROBERTO. No te acabo de entender.

CARLOS. Bien fácil es, si sabes lo que después, cuando el apetito, esclavo de sí mismo, se redime con la vitoria alcanzada cansa una mujer gozada aunque el amor más le anime, y más si de las promesas resultan obligaciones.

ROBERTO. Pues ¿no gozan esenciones, Duque, las que son Condesas, tan nobles, tan estimadas que fueron soles y lunas?

CARLOS. Roberto: todas son unas en llegando á ser gozadas.

ROBERTO. No ha durado todo un hora.

CARLOS. César en la impresa fui que partí, llegué y vencí, y vuelvo la espalda agora, que es más triunfo.

ROBERTO. ¿De qué suerte la dejas?

CARLOS. Durmiendo queda, porque persuadirse pueda que soñó cuando despierte.

ROBERTO. Esta vez, á su despecho, en su tragedia cruel, hará de Olimpa el papel, pues tú el de Vireno has hecho; y á la nave y al mar cano dará voces como loca subida en un alta roca, y será el quejarse en vano.

CARLOS. Esta es la traza mejor: que por tierra ser pudiera que, ofendida, me siguiera, y fuera el daño mayor si llegara á los oídos de la Duquesa.

ROBERTO. ¿El neblí al fin dejamos aquí?

CARLOS. ¿No basta llevar sentidos?

MÚS. 1.º El viento ha picado el mar favorable al marinaje.

MÚS. 2.º ¡Buen viaje!

MÚS. 1.º ¡Buen pasaje!

MÚS. 2.º ¡Alto, á embarcar y á zarpar!

ROBERTO. ¿Estos fueron los amores y finezas?

CARLOS. Ten por cierto

(1) Faltan en el impreso los cuarenta versos que siguen.

que antes de gozar, Roberto,
todos somos habladores.

(*Vanse todos.*)

ESCENA X

Salen NINFA como que sale de la cama, medio desnuda.

NINFA. ¡Hola, hola! ¿No hay ninguno
que me responda? No vela
sino solo mi cuidado.
¡Hola! mi desdicha es cierta.
¡Hola, hola! el eco mismo
me da escasa la respuesta,
que una mujer desdichada
endurece más las piedras.
¡Hola!

ESCENA XI

Salen los dos Músicos como salieron al principio, de villanos y la Música con ellos, que es LAURA, pastora; ERGASTO y DICHIA.

Mús. 2.º ¿Qué mandas, señora?

Mús. 3.º Voces daba la Condesa.

NINFA. ¿Sabéis de Carlos?

Mús. 2.º ¿Qué Carlos?

NINFA. Uno que el alma me lleva.

LAURA. ¿Carlos le ha llevado el alma?
Loca está.

NINFA. ¿No se os acuerda
del huésped que encontré anoche
y le di posada y cena,
y el alma con la posada
para partirse con ella?

Mús. 2.º ¿No quedó contigo á solas?

NINFA. ¿Por qué averiguo sospechas
que están ya tan de su parte
del desengaño? (1)

Mús. 2.º ¿Qué ofensas
te ha hecho el güésped ingrato
que lloras y te lamentas,
para que tomando todos
tus labradores sus yeguas,
le sigamos, aunque el viento
tomar por sagrado quiera?

NINFA. ¿Qué mayor ofensa, amigos,
que en el honor, en fuerza
del gusto, en la libertad
del albedrío, en la prenda
más respetada del alma,
en la joya que más precia
la noble sangre, en la vida,
pues no se estima sin ella?
Seguilde todos, seguilde,
y si hiciere resistencia,
para no volver, matalde...
No le matéis... Pero muera...
No, esperad...

Mús. 2.º ¿Qué determinas?

NINFA. No sé, amigos. Dadme apriesa
un caballo tan veloz
que á mi pensamiento exceda,
que yo seguiré su alcance

(1) En el impreso: «¡Ah, ingrato Carlos!»

mejor, porque en la carrera
venceré el viento volando,
que siempre amor alas lleva.

Mús. 2.º Ya están por él.

NINFA. Ya se tardan.

ERGASTO. ¿Qué novedades son éstas,
de amor y de honor, Ergasto?

NINFA. ¿Qué esperáis?

LAURA. Ergasto, vuela.

ESCENA XII

Salen un PESCADOR de la CONDESA ó PASTOR.—DICHOS.

PESCAD. Si te ha ofendido, señora,
el que anoche en esta misma
casa albergaste con tanto
noble decoro y grandeza,
ya es imposible vengarte;
que esa nave aragonesa
que al mar da velas agora,
soberbia de verse en ella,
burlándose de tus iras,
á tu ingrato güésped lleva,
no sé si á España ó Sicilia,
á Francia ó á Ingalaterra,
que al primer reír del alba
le vi embarcándose en ella,
 viniendo de echar un lance
para que con varia pesca
tan vil güésped regalases,
y alargándose de tierra
dieron las velas, zarpando
que ya del viento se empuñan,
á cuya soberbia ayudan
los clarines y trompetas
con la saloma ordinaria,
las flámulas y banderas;
mas vuelve, y verás la nave
que ya del puerto se aleja.

NINFA. Calla, no más, que me matas,
y esos clarines que suenan
al viento, son en mi muerte
músicos de mis obsequias.

(*Aquí tañen, y pasa la nave, si la hubiese.*)

¿Es verdad esto que miro?

¡Villano güésped, espera,
que te me vas con la paga,
si no es la paga mi afrenta!
¿Dónde me llevas el alma,
que con tan grandes ofensas
echará á fondo el navío
que más que la tierra pesan?
¿Cómo, güésped enemigo,
por dulces abrazos truecas
olas del mar y una casa
que á tantos vivos encierra.
Mostro fiero, en quien las jarcias (1)
parecen nervios y venas,
caballo del mar con alas
que para mi daño vuelas.
Cárcel movediza, arado
de las olas, que no dejas

(1) Faltan éste y los tres versos que siguen en el texto impreso.

acabando de pasar
la señal del surco apenas;
monte arrojado en las aguas,
cuyas secas arboledas
son mástiles y mesanas,
raíces (1), cables y cuerdas;
caballo griego preñado
de traiciones y promesas,
para fútego de la Troya
que dentro en mi pecho queda.
¡Plega á Dios que en un escollo
ó en algún banco de arena
dejes la gavia y las jarcias
y la quilla en las estrellas!
¡Rayos los cielos airados
en tu plaza de armas lluevan;
el viento te beba el árbol (2),
el agua las obras muertas;
á la pelota contigo
de la mar y de la tierra
jueguen los vientos y falta
hagan en alguna peña,
y ese ingrato que llevas,
cuando todos escapen sólo él muera!

Mús. 2.º Mira quién eres, señora.
Vuelve en ti.

NINFA. Dejarme, afuera,
que estoy loca, que me abraso.

LAURA. ¡Hay desdicha como aquí está!

NINFA. Dejarme todos, dejarme,
que en el mar...

Mús. 2.º Señora, espera.

NINFA. Dejarme morir, amigos.

Mús. 2.º ¿Qué importa que yo perezca?

NINFA. Mucho importa á tus vasallos.

Mús. 2.º ¿Para qué queréis Condesa

NINFA. y una señora afrontada
con la culpa desta pena?
Pero yo me vengaré
deste agravio, desta ofensa,
aborreciendo las vidas
de los hombres de manera
que hasta encontrar con mi ingrato
he de matar cuantos vea;
porque es bien que paguen todos
lo que un hombre solo peca,
y saliendo á los caminos
como vibora sedienta
de su sangre, me pregono
por pública bandolera,
y de no tener, al cielo
juro, con hombre clemencia
hasta morir ó vengarme.

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

Mús. 2.º ¿De quien eres no te acuerdas,
señora?

NINFA. Ya de la nave
no se descubren apenas
los penoles de las gavias.
¡Mal haya, amén, la primera

mano ingrata que esas tablas
con resina, pez y brea,
juntó para mi desdicha
y para tantas ofensas!
Pero ¿de qué cosa pudo
en la mar como en la tierra
ser la codicia inventora
que no fuese inorme y fea?
¡Qué lejos va de los ojos!
Ya parece que al sol llega
tendidas las alas pardas
el águila de madera.
¡Oh, aleve máquina! Bajes
al centro pedazos hecha,
por que enseñes las entrañas
que tantos males encierran,
y ese ingrato que llevas
cuando todos escapen, sólo el muera!

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen CARLOS y la DUQUESA.

DUQUESA. Tristeza sin ocasión,
llámela vueseñoría
natural melancolía.

CARLOS. Duquesa, tenéis razón;
triste sin causa me siento.

DUQUESA. ¿Cuándo vos serlo soléis,
si no es, Duque, que lo estéis
de algún nuevo pensamiento?
Siempre la melancolía
es efeto natural,
y desde el principio mal
que con la sangre se cría.
Esta es imaginación,
no propia naturaleza;
llamalda, Duque, tristeza
que habrá tenido ocasión.

CARLOS. Tristeza ó melancolía,
yo estoy sin gusto.

DUQUESA. Será
de alguno nuevo.

CARLOS. Ya está
cansada vueseñoría. (*Vase Carlos.*)

ESCENA II

La DUQUESA sola.

La que llega á cansar á su marido
no ha menester en las celosas flechas
averiguar testigos de sospechas,
ni hacer linceos los ojos ni el oído.

Ni importará sacar contra su olvido
de amor las paces una vez deshechas,
con suspiros, con lágrimas y endechas,
agua del alma y fuego del sentido.

Excusar del querellas me parece;
haga su curso amor, que es apetito,
y aquello que le privan apetece,

que si estrecharle á celos solícito es prisión en que más se ensoberbece, y añadirá á un delito otro delito.

ESCENA III

Sale ROBERTO.—DICHA.

ROBERTO. Aquí la Duquesa está. Siempre que por no encontralla determino barajalla más veces la encuentro.

DUQUESA. Ya viene en su busca Roberto, y de encontrarme le pesa.

ROBERTO. Ya me [ha] visto la Duquesa.

DUQUESA. ¿Habrán hecho algún concierto para sus melancolías?

ROBERTO. ¿No estaba, señora, aquí el Duque, mi señor?

DUQUESA. Si, Roberto. ¿Qué le querías?

ROBERTO. Yo, servir á su ecelencia; llamóme, y vine á buscallo.

DUQUESA. ¿Adónde quieres llevalle?

¿Hay nueva dama en Cosencia?

¿Ha venido fruta nueva á la corte á que llevar

al Duque, que en el lugar

antes que nadie la prueba?

¿Tráesle recado ó papel (1)

de alguna impresa que alcanzas?

¿Hay ya nuevas esperanzas?

¿Muéstrase menos cruel?

¿Dice que hablará esta noche

al Duque, cuando dormido

está el padre ó el marido?

¿Quiere joyas, pide coche?

¿Qué tenemos?

ROBERTO. Vueselencia hacerme merced solía.

DUQUESA. ¡Qué gentil hipocresía!

Ya me falta la paciencia.

¿Qué merced os he de hacer,

si sé que sois su alcagüete?

ROBERTO. Que á vueselencia respete siempre forzoso ha de ser; pero miente el lisonjero, vueselencia me perdona, que de envidia mal me pone con quien agrada espero más que al Duque mi señor, porque ven que en su privanza tanto mi ventura alcanza. Antigua plaga y rigor de criados á señores, que en viendo alguna ocasión, como no los oigan, son lisonjeros y habladores. No tienen penas pequeñas, por los chismes que engendraron, los primeros que inventaron los escuderos y dueñas.

(1) Faltan en el impreso éste y los siete versos que siguen.

¡Mal haya tan mala gente, aunque éntre con ellos yo!

DUQUESA. ¿Cuándo, Roberto, se vió condenarse el delincuente sino es dándole tormento (1)?

ROBERTO. Esos músicos cobardes hacen en Palacio alardes, sin él, de culpas de viento.

DUQUESA. Roberto: lo que yo veo no lo he menester oír.

ROBERTO. ¿Qué es lo que quiere decir vucelencia?

DUQUESA. Que deseo que al Duque no divirtáis; que sé que os sirve la caza de estratagema y de traza para lo que deseáis, y que sabéis, con achaque de socorrer un neblí, perderos los dos, y así, sin que otro ninguno os saque de rastro en más de seis días donde más gusto tenéis, libres os entretenéis á costa de penas mías. Esto y otras cosas sé, aquí y fuera del lugar, que se pueden remediar, ó yo las remediaré.

ROBERTO. Mire vueselencia bien que me está tratando mal; que al Duque le soy leal y á vueselencia también; que más que á mí no es razón (2) dar crédito á aduladores; mas ya es plaga en los señores la primera información.

DUQUESA. Esto sé de cierta ciencia; procurad vos que se impida, que os haré quitar la vida por vida de su excelencia.

(Vase la Duquesa.)

ESCENA IV

ROBERTO solo (3).

¡Oh, palacio cruel, casa encantada, laberinto de engaños y de antojos, adonde todo es lengua, todo es ojos; cualquier cosa es mucho y todo es nada.

Galera donde rema gente honrada y anda la envidia en vela haciendo enojos; hospital de incurables, que á hombres cojos das siempre una esperanza por posada.

(1) Este y los tres siguientes versos no están en el impreso.

(2) Falta esta redondilla en el texto impreso.

(3) En el impreso, en lugar de este soneto, hay la siguiente redondilla:

«Sentencia de muerte oí
y ¡por Dios! que hay que temer
de una celosa mujer.
Pero el Duque viene aquí.»

Calma del tiempo, sueño de los días; pues son viento las pagas de tus gajes; vano manjar de camaleones buches.
Sean tus escuderos chirimías;
órganos tus lacayos y tus pajes;
tus dueñas y doncellas sacabuches.

ESCENA V

Sale CARLOS.—ROBERTO.

CARLOS. Pues, Roberto, ¿dónde vas?

ROBERTO. A pedille á vueselencia, para dejalle, licencia.

CARLOS. ¿Qué dices?

ROBERTO. No pienso más serville en toda mi vida. Más quiero estarme en mi casa que aguardar la dicha escasa de una esperanza perdida. No lo pasaré muy bien; mas con mi pobre caudal vendré á hallarme en menos mal y más dichoso también, que me basta el no servir y la quietud por riqueza.

CARLOS. Vaguidos traes de cabeza; gana me das de reír, y en el estado en que estoy no es pequeña maravilla.

ROBERTO. Rico con una escudilla como el filósofo voy, que le pareció después que le sobraba advirtiendo uno que estaba bebiendo con la mano.

CARLOS. No me des más pesadumbres, Roberto, pues sabes que nadie alcanza conmigo mayor privanza.

ROBERTO. Que me haces mercedes, cierto; pero es con grande embarazo, que quien sirve á señor ya casado es como el que está malo del hígado y bazo; que lo que aprovecha al uno suele hacer al otro daño.

CARLOS. Ha sido el ejemplo extraño.

ROBERTO. Pues yo no seré importuno en aplicar el ejemplo.

CARLOS. Ya estoy aguardando, di.

ROBERTO. En mi señora y en ti bazo é hígado contemplo. Tú eres el hígado, y ella (1) ha de ser por fuerza el bazo; remedios de agrado trazo ayudado de mi estrella, de entretener y servirte, y el bazo, que es mi señora, sospechas y celos llora de agradarte y divertirte; y si dejándote á ti,

(1) Faltan éste y los veintitrés siguientes versos en el impreso.

al bazo quiero agradar con pretendelle llevar chismes de aquí para allí, luego el hígado está malo y anda en mudanzas de luna el hombre en baja fortuna, aquí el mando y allí el palo. Ya el bazo mucho se enfria, ya el hígado se calienta, ya la opilación se aumenta, ya se engendra hidropesía; uno es flaco y otro es fuerte, y ambos á dos embarazo, y ando con hígado y bazo entre la vida y la muerte.

CARLOS. ¿Qué es lo que te ha sucedido de nuevo?

ROBERTO. Llamóme agora alcagüete, mi señora; dándome de prometido, por lo menos de la vida, tan escasas esperanzas, que me estorban tus privanzas.

CARLOS. De celos está perdida.

ROBERTO. Pues ¿hay novedad agora con repentina afición?

CARLOS. Memorias pasadas son que el alma por sueños llora.

ROBERTO. ¿Cómo memorias pasadas?

CARLOS. Ninfa me tiene sin mí.

ROBERTO. ¿Con eso sales aquí?

CARLOS. Pienso que fueron soñadas las glorias que gocé entonces, y envidio, Roberto, agora, pues su ausencia me enamora.

ROBERTO. La afición tienes de gonces, que la vuelves á mil partes. Arpón de amor te has tornado; no te entenderá un tejado.

CARLOS. Tiene amor extrañas artes, Roberto, de perseguir al que dél piensa que sale libre cuando al viento iguale y ufano piensa vivir. Después que llegué á Cosencia, Roberto, con las memorias de tantas sonadas glorias pierdo el seso y la paciencia; que el ausencia las más veces acrecienta la pasión y despierta el afición.

ROBERTO. De más colores pareces que el arco que pinta el cielo.

CARLOS. El amor me ha condenado la ingratitud en cuidado y la mudanza en recelo; loco estoy, Ninfa me abrasa; ¿qué haré, Roberto?

ROBERTO. No sé, que al bazo dañar podré.

CARLOS. Eso de límite pasa. Deja necedades ya, acude al remedio mío.

ROBERTO. Por fuerza habrá de ser frío para el calor con que está, del hígado vucelencia, olvidos son menester.

CARLOS. Esos ¿cómo pueden ser si más me abraso en su ausencia?

ROBERTO. Pues al remedio acudamos (1) del clavo que uno á otro saca.

CARLOS. Esa no es buena triaca para mi veneno.

ROBERTO. Vamos á vella.

CARLOS. Ese es el mejor.

ROBERTO. Cuando es tan grave dolencia aplica al dolor de ausencia unguento de ojos, amor. Mas ¿con qué traza ha de ser si mi señora por traza, ha condenado la caza con que la pudieras ver á costa de otro neblí, puesto que así no podías gastar allá muchos días?

CARLOS. Pues ello ha de ser así. Yo he de fingir que he tenido del Rey mañana una carta en que me manda que parta á Nápoles; advertido que con diligencia sea, que en la corte mi persona á cosas que á la corona son importantes, desea, y así con pocos criados, y por la posta, saldré de Cosencia, y fin daré con Ninfa á tantos cuidados, que ya me tienen á pique de morir; y claro está que á mis disculpas dará crédito que certifique la fineza de mi amor.

ROBERTO. ¿Piensas hablalla verdad en lo que á tu calidad toca?

CARLOS. Ya fuera rigor, Roberto, el fingido trato.

ROBERTO. ¿Y el casamiento?

CARLOS. No sé. Vamos, que yo trataré como no parezca ingrato y estará toda sospecha segura con lo que trazo.

ROBERTO. ¡Plega á Dios no dañe al bazo lo que al hígado aprovecha! (Vanse.)

ESCENA VI

Salen por el monte abajo, de saltadores, todos los que puedan, y NINFA detrás con bastón y de bandolero.

NINFA. Este es buen puesto por hoy: en los que he mandado estén esos soldados con quien dando guerra á Italia estoy y al mundo; que aunque la humana sangre toda del vertiera,

(1) Omitidos en el impreso éste y los tres versos que siguen.

satisfecha no estuviera mi hidrópica sed tirana; y siendo eterna homicida, no tendrá con la que vierte mayor amigo la muerte, mayor contrario la vida. Que con la fiereza extraña que al paso esperando estoy un risco, un escollo soy de aquel mar, desta montaña; tanto, que llego á temer que han de venirme á faltar vidas que poder quitar, muertes que poder hacer; y de mi cólera fiera pienso, de crueldad armada, que no he de quedar vengada cuando todo el mundo muera.

ALEJAND. Quien mira tu gentileza publica, Ninfa, que bajas á matar con dos ventajas: de hermosura y fortaleza; que dando á los enemigos muerte fiera con tus manos, con tus ojos soberanos, no perdonas los amigos. Mira, si á todos maltratas, de qué modo han de seguirte los que vienen á servirte, si de guerra y de paz matas. Todos tus armas tememos, porque vienen más armados tus ojos que tus soldados; pero ya que no podemos escapar de ser despojos de tu valor invencible, enséñanos, si es posible, á defender de tus ojos.

NINFA. Alejandro: yo te he hecho, á ti y á César, mi honor fiando y viendo el valor del uno y el otro pecho, capitanes de quinientos hombres que se me han llegado, escogiendo por sagrado de sus vivos pensamientos esta montaña en que estoy del real camino y playa más vigilante atalaya, donde en mi venganza soy un esfinge cada día dando, despeñando, muerte á cuantos su corta suerte y dichosa suerte mía traen á morir á mis manos; y lo mismo te prometo si me pierdes el respeto, ¡por los cielos soberanos! porque no estoy con los hombres tan bien que he de perdonallos. Pues ves que salgo á matallos aborresciendo sus nombres, tus locos atrevimientos puedes desde hoy refrenar, porque sabré castigar palabras y pensamientos.

ALEJAND. Perdona si te ofendieron,

que á tu valor no vencido atrevimientos no han sido; alabanzas solas fueron que yo estimo.

NINFA. No es materia para hablar en ello más.

ALEJAND. Con razón airada estás.

CÉSAR. Hoy por fuerza de la feria de Salerno han de pasar percachos y mercaderes. No ofendáis á las mujeres; los hombres podéis matar, robándoles cuanto llevan, que yo solamente quiero las vidas: tomá el dinero vosotros y no se atrevan á hacer ofensa á ninguna mujer, porque colgaré á quien gusto no me dé. Toda la mala fortuna corran los hombres, que son los que me ofenden no más, y escarmiente á los demás mi fiera satisfacción.

CÉSAR. De diferentes cabezas tienes llenos estos tejos, que parecen desde lejos fruta que dan sus malezas, sin las que ha tragado el mar.

NINFA. ¿A cuántos di muerte ayer?

CÉSAR. Noventa deben de ser.

NINFA. ¡Qué, no pudieron llegar á ciento! Corta tarea; yo la llenaré otra vez, que hoy han de ser ciento y diez.

ALEJAND. No hay quien de una mujer crea extremo tan inhumano.

(Dice dentro una Mujer lastimosa.)

MUJER. ¡Justicia, cielos, os pido!

NINFA. A ver qué es ese ruido; id luego y no será en vano, que parecen de mujer estas quejas.

ALEJAND. Los dos vamos á servirte.

CÉSAR. Entre estos ramos sin duda deben de ser.

NINFA. Si es mujer no permitáis que la ofendan.

ALEJAND. Será así como lo mandas.

NINFA. O aquí donde estoy y donde estáis colgaré al que la ofendiere de un roble.

ALEJAND. ¡Justo rigor!

NINFA. Y lo demás no es valor, sino vileza.

(Vanse Alejandro y César.)

ESCENA VII

Sale POMPEYO.—DICHOS.

POMPEYO. Si fuere tan dichoso que á mi intento corresponda mi crueldad,

hoy gozo la libertad sobre las alas del viento.

NINFA. ¿Dónde vas, hombre?

POMPEYO. A buscarte, si eres, Ninfa, la Condesa.

NINFA. Aunque ser quien soy me pesa, quién soy no puedo negarte. ¿Qué quieres?

POMPEYO. Como he sabido que, ofendida y agraviada, con la pistola y la espada rayo de Calabria has sido y que en ella son tus hombres, Ninfa, mostro del amor, Condesa de Valdeflor y enemiga de los hombres, y que en Calabria has juntado todos los más animosos valientes y sediciosos, yo, á tu valor inclinado y á este famoso ejercicio con que matas tantos hombres de tan diferentes nombres, porque agradarte codicio y serviste juntamente, colgada de un roble á mi mujer, que aunque es noble, discreta, cuerda y prudente, es propia mujer, en fin, que le basta por delito, y al viento en tu busca imito.

NINFA. Ha sido para tu fin; que yo no amparo crueldad contra mujer, que esa es sola la impresa que sigo. ¡Hola! de ese roble le colgad adonde le puedan ver, y la misma muerte siga con un letrero que diga: «Por traidor á una mujer».

POMPEYO. ¡Señora!

NINFA. Llevalde.

POMPEYO. El cielo me castiga justamente.

ESCENA VIII

ALEJANDRO y CÉSAR sacan á la MUJER. (1)

ALEJAND. Esta es la mujer.

NINFA. Deterete.

MUJER. Mayor desdicha recelo.

NINFA. ¿No la dejaste colgada?

ALEJAND. Con las espadas cortamos el cordel cuando llegamos.

NINFA. La intención ejecutada merece el propio castigo á su pensamiento doble; colgadle del mismo roble.

MUJER. Señora: aunque es mi enemigo, es mi marido en efeto; no le matéis.

NINFA. ¿Qué mujer llegar pudo aborrecer cuando tuvo amor perfecto?

(1) «Con la sogá á la garganta», en el impreso.

Mi ejemplo he mirado en ti;
 levanta, mujer, no muera,
 y será la vez primera
 que hombre he perdonado aquí;
 y agradezca que ha traído
 por padrino á una mujer,
 que con mirarse ofender
 á ser su vida ha venido,
 que no se escapara así.
 POMPEYO. Beso tus pies, que yo voy
 arrepentido y no estoy,
 después que te miro en mí,
 que te pintaban más fiera
 de lo que señales das.
 NINFA. Soilo con hombres no más;
 hasta que un ingrato muera
 tú te quedarás conmigo;
 agora, y á tu mujer
 podrán soldados volver
 á su lugar.
 POMPEYO. Pues contigo
 será un Pompeyo, que así
 es mi nombre.
 NINFA. ¿De adónde eres?
 POMPEYO. De Casano.
 NINFA. Si no fueres
 hombre de importancia, aquí
 no te faltara castigo
 como al que á infamias se atreve
 y no es bien consigo lleve
 tu mujer á su enemigo.
 MUJER. Como muerte no le des,
 hácesme muchas mercedes.
 NINFA. Partirte á Casano puedes
 luego.
 MUJER. Bésote los pies.
 NINFA. Una escuadra de soldados
 haced que baje con ella,
 porque no pueda ofendella
 nadie.
 ALEJAND. Ya están aprestados.
 MUJER. Dete la fortuna el bien
 que darte, señora, puede.
 POMPEYO. Como yo sin ella quede
 viva mil siglos, amén.

(Llevan la Mujer.)

ESCENA IX

Sacan un Correo con una maleta con cartas (1).

CÉSAR. Entra, borracho.
 NINFA. ¿Qué es eso?
 CORREO. Mi mala suerte.
 CÉSAR. Un correo.
 NINFA. Días ha que le deseo.
 CÉSAR. Lleva la maleta peso.
 CORREO. Todas son cartas.
 NINFA. Tú llevas
 famosa mercadería
 pues vas la noche y el día
 de papel cargado y nuevas.
 ¿De dónde vienes?

(1) Falta toda esta escena en el impreso. Sin embargo en el reparto figura, como se ha visto, *Un Correo* lo cual demuestra que la escena fué suprimida al imprimir la obra.

CORREO. Señora:
 de Nápoles.
 NINFA. ¿Qué se dice
 allá de mí?
 CORREO. Apenas hice
 venta en Nápoles un hora
 cuando me hicieron con esto
 partir á Trento.
 NINFA. Si fuera
 á esotro mundo, pudiera
 ser que llegaras más presto.
 CORREO. ¿De qué suerte?
 CÉSAR. Hay un despacho
 para el infierno; ¿qué dudas?
 CORREO. Debéis de escribir á Judas,
 que fué calabrés.
 CÉSAR. ¡Borracho!
 ¿quieres que te dé?
 NINFA. Abrid luego,
 entretanto, esa maleta
 que descansa la estafeta,
 y no dejéis ningún pliego
 que no abráis, para saber
 lo que hay de nuevo en la corte,
 porque puede ser que importe.
 CORREO. ¿Qué descanso ha de tener
 quien vuestro rigor espera
 sin daros más ocasión?
 NINFA. Acabad
 CORREO. Mirad que son
 despachos del Rey.
 ALEJAND. Que fuera.
 NINFA. Id deshaciendo los pliegos.
 CÉSAR. Mostrad acá; ¡qué cruel
 embarazo de papel!
 NINFA. ¡Qué de engaños, qué de ruegos,
 qué de avisos, qué de amores,
 qué de agravios, qué de miedos,
 qué de mentiras y enredos,
 qué de trampas, qué de flores,
 de falsas correspondencias,
 de engañadas amistades,
 de veras, de necedades,
 buenas y malas ausencias
 deben de venir ahí!
 CÉSAR. empieza á leer.
 NINFA. Aquí dice: «A mi mujer.»
 CÉSAR. Abre el pliego.
 NINFA. Dice así:
 «Dos meses ha...»
 NINFA. No prosigas,
 que en su afrenta se aconseja
 hombre que dos meses deja
 á su mujer.
 CÉSAR. Bien la obligas
 si ella llegara á escuchar.
 «A Lisarda», dice aquí.
 NINFA. Abre y lee.
 CÉSAR. Comienza así:
 «Dueño mío: si de amar
 tu soberana hermosura,
 el amor no me pagara
 volviéndome loco...»
 NINFA. Pára;
 que ese es ingrato y procura
 engañar á esa mujer;
 porque si bien la quisiera,

ESCENA X

Llevan el Correo y sacan dos Músicos de camino, las capas al hombro y las guitarras debajo del brazo. — Dichos.

ALEJAND. Llegad.
 NINFA. ¿Quién son éstos?
 Mús. 1.º Dos
 músicos míseros somos.
 ALEJAND. Y tenéis muy buenos lomos
 para un remo.
 Mús. 2.º Guárdeos Dios
 por la merced.
 NINFA. ¿Dónde vais?
 Mús. 1.º A Nápoles.
 CÉSAR. ¡Buena gente!
 NINFA. ¿Y es música solamente
 la pretensión que lleváis?
 Mús. 2.º Señora, sí, que en la corte
 suele estimarse.
 NINFA. Cantad,
 que yo os diré la verdad,
 y si no es cosa que importe,
 aquí os quedaréis mejor
 y excusaréis de cuidados.
 Mús. 1.º ¿Cómo?
 NINFA. De un roble colgados
 ó en el mar. Perdé el temor
 y cantad.
 Mús. 2.º Danos licencia
 para templar.
 NINFA. No cantéis
 si habéis de templar, pues veis
 que tengo poca paciencia:
 el uno cante no más.
 Mús. 1.º Escucha.
 NINFA. Ya estoy atenta,
 aunque no quiere mi afrenta
 que esté con gusto jamás.
 MÚSICO. «Bordaba el alba las flores
 que afrentó la noche fría;
 cantaban al sol las aves,
 lloraban las tortolillas,
 cuando, buscando los brazos
 del Duque Vireno, Olimpa
 sombras ciñe, engaños toca;
 despierta, llora y suspira,
 salta del desierto lecho,
 corre al mar, su arena pisa,
 y de la peña más alta
 la nave del Duque mira.»
 NINFA. Arrojad esos villanos (1)
 de aquesas peñas vecinas,
 que son cisnes que cantando
 hoy mi muerte solicitan;
 y dejadme todos sola,
 porque no quiero á la vista
 tener ningún hombre.
 CÉSAR. Vamos. (Déjanla sola todos.)

(1) Después de este verso, sigue en el impreso:
 «á la mar, pues con Olimpa
 y con Vireno me cantan
 ejemplos de mi desdicha.

Músico 1.º Señora...

NINFA. Arrojadlos luego.»

adonde ella está estuviera.
 Rompe.

CÉSAR. Ya empiezo á romper.
 NINFA. ¿Qué pliego es éste?
 CÉSAR. «A Sisberto,
 mercader», dice.
 NINFA. Será
 cédula alguna.
 CÉSAR. Aquí está.
 NINFA. Que fué para mí es más cierto.
 ¿Qué es la cantidad?
 CÉSAR. Dos mil
 ducados á letra vista.
 NINFA. ¿A quién?
 CÉSAR. A Claudio Bautista
 y á Juan María Gentil.
 NINFA. Ginoveses son, por Dios,
 que se han de dar por la posta;
 éstos de ayuda de costa
 se tomen para los dos,
 César y Alejandro.
 ALEJAND. El cielo
 edades largas te guarde.
 NINFA. Y partiránse esta tarde
 á cobrallos.
 CÉSAR. Todo el suelo
 de la Europa á tus pies sea
 alfombra no merecida,
 y de tu fama y tu vida
 los eternos siglos vea.
 NINFA. Pasa adelante.
 CÉSAR. «Gaceta»,
 dice aquí, «á Celio».
 NINFA. Esas son
 nuevas.
 CÉSAR. El primer renglón,
 si el pecho no te inquieta,
 con tu nombre empieza.
 NINFA. Di,
 que no hay cosa que mi pecho
 sobresalte, satisfecho
 del valor que vive en mí.
 CÉSAR. (Lee) «Ninfa, Condesa de Valdeflor,
 olvidándose de quién es y viéndose
 burlada de cierto caballero, con quinientos
 hombres y más anda robando
 por los caminos de Calabria y
 abrasando los lugares convecinos, y
 hoy por mandado del Rey han pregonado
 su talla en diez mil escudos
 y libertad de sus delitos, y si fuere
 compañero suyo el que trujere su
 cabeza, muchas más mercedes.»
 NINFA. No pases más adelante,
 que á la estafeta que lleva
 ese pliego, por la nueva
 quiero dar porte importante.
 ¡Holá! echad esa estafeta,
 para que pueda llegar
 presto al infierno, en la mar,
 y en el cuello la maleta.
 CORREO. ¡Piedad!
 NINFA. No hay piedad, villano;
 llevalde luego de ahí.
 CÉSAR. Por el viento desde aquí
 le verás ir al mar cano.